

XLV

Neklindoff se había propuesto cambiar radicalmente su modo de vivir; alquilar la gran casa en que vivía y entrar de huésped en algún restaurante ó fonda. Pero Agripina Petrovna le convenció de que hasta la llegada del invierno no podía hacer nada, pues las casas no se arrendaban, y además, en algún sitio tenía que vivir y tener los muebles.

Así, pues, todo quedó temporalmente como estaba y por aquellos días empezó en la casa un trabajo activísimo en el que se emplearon Petrovna, Kornei, la vieja cocinera y los dos *dvornik*. Se trataba de sacudir todas las prendas de lana y de peletería, que después de sentir el peso del brazo de los criados que las golpeaban sin piedad, quedaban encerradas en fundas de tela impregnadas de fuerte olor de naftalina.

Mirando al patio desde la ventana, Neklindoff experimentaba un sentimiento de asombro ante todos aquellos trastos inútiles, cuyo único objeto parecía ser dar ocupación á los brazos de Agripina Petrovna, Kornei, los dos *dvornik* y la cocinera.

—Por ahora, hasta que la suerte de la Máslova se decida, no cambiaré de modo de vivir,—pensaba.

El día prefijado, Neklindoff fué á casa Fanarin. El abogado habitaba una magnífica casa de su propiedad; en la escalera había grandes jarrones con flores, de las ventanas pendían cortinajes suntuosos; había por todas partes aquel lujo especial propio de las personas que se han enriquecido en breve tiempo y que denuncian ganancias obtenidas sin mucho trabajo.

En el salón, los clientes, aburriéndose junto á una mesilla en que había diarios ilustrados, esperaban turno. Un joven pasante que reconoció al príncipe, le dijo que le anunciaría en seguida al abogado; pero en aquel instante se abrió la puerta y salieron un caballero de mediana edad y el mismo Fanarin. En el rostro de ambos se leía aquella expresión de las gentes que han hecho un negocio poco honesto pero muy ventajoso.

—¡Fué culpa vuestra, querido!—exclamaba Fanarin riendo.

—¡Jal ¡jal ¡El paraíso es una gran cosa... cuando no hay pecados de por medio!

—¡Se vé que conocéis el paño!

Y los dos reían á carcajadas.

—¡Oh, príncipe, pasad!—exclamó Fanarin advirtiendo á Neklindoff. Y despidiendo con un gesto al cliente anterior, hizo pasar al príncipe á su despacho, que tenía un aspecto lujoso y severo.—Fumad, os lo ruego,—y se sentó en frente de él en tanto que con dificultad contenía una sonrisa de satisfacción por el negocio de qué antes trataba.

—Gracias... He venido para ver lo de aquel proceso...

—En seguida, en seguida. ¡Ah! ¡qué torpes son esos comerciantes ricos!—exclamó.—Ese que acaba de salir tiene más de doce millones de rublos y habla aún como un aldeano. Antes que soltar un billete de veinticinco, se dejaría hacer pedazos.

«El habla como un aldeano, y tú estás pensando en billetes de veinticinco,»—pensó Neklindoff, experimentando un asco profundo por aquel hombre que, por halagarle, le decía lo contrario de lo que debía haber dicho al otro cliente.

—¡Estaba harto de él! ¡Qué vulgar! ¡Qué canallesco!—repuso luego con el tono del que quiere justificarse de no haber hablado todavía al cliente del asunto para qué vino.

—Hablemos, pues de ese proceso. Lo he estudiado atentamente y he hallado varios puntos que repruebo: el abogado defensor no valía un comino; ha dejado escapar todas las ocasiones para intentar el recurso de casación.

—¿Y qué habéis decidido?

—Un momento... Decidle,—dijo volviéndose hacia el pasante,—que, como le había dicho, yo no cedo. Si puede, bien; sinó que haga lo que quiera.

—No consiente.

—¡Bueno, allá se las haya!—exclamó el abogado; pero su rostro perdió su expresión alegre, y quedó pensativo y sombrío.

—Ved,—dijo, tratando de dar á su semblante una expresión amable,—dicen que los abogados contamos mucho dinero de poca cosa; acabo de salvar á un deudor de una querrela injusta y ahora cargo con las costas. Además me ha costado el asunto mucho trabajo... Así, pues, como decía, el proceso que os interesa ha sido llevado de una manera lamentable; faltan motivos plausibles para recurrir en casación. Sin embargo, se puede intentar y he preparado esto...

Y desplegó un pliego manuscrito que leyó rápidamente, saltando todas las formalidades y subrayando las frases que lo merecían.

«En la sección penal, etc., etc. En sentencia pronunciada, etc., etc., tomando por base el veredicto, etc., etc., la llamada Máslova ha sido reconocida culpable de envene-

namiento realizado en la persona del comerciante Smielkov, y, según los artículos 14 y 54, etc., del Código penal, ha sido condenada á trabajos forzados, etc., etc.»

Se detuvo un momento como si escuchara con complacencia la lectura de su prosa, aun cuando ya estaba acostumbrado á ella.

«Esta sentencia,—prosiguió con acento de convicción,—es la consecuencia lógica de errores y vicios de procedimiento muy graves, por la cual razón se requiere que sea anulada. Ante todo, durante la instrucción la lectura del dictámen médico legal sobre las vísceras del difunto fué interrumpida por el presidente.»

—Esto es un primer motivo.

—Pero si era el fiscal quien pedía la lectura,—exclamó con asombro Neklindoff.

—No importa. También podía servir para la defensa.

—Era inútil.

—Bien, pero siempre es un motivo.

«En segundo lugar, en su discurso, para mejor describir el carácter de la Máslova, el abogado defensor ha hecho alusión á la caída moral de la acusada, y el presidente le ha interrumpido diciendo que se ciñera á la cuestión, siendo así que el exacto conocimiento del carácter de la acusada es de gran importancia para contestar debidamente á las preguntas.»

—¡Y van dos!

Fanarin miró á Neklindoff.

—Pero, si hablaba tan mal que no había quien le entendiera...—dijo Neklindoff más y más asombrado.

—No podía decir nada bueno, porque es un bobo redomado,—replicó riendo el abogado,—pero eso no impide que sea un motivo. Sigamos.

«En tercer lugar, el presidente, no obstante lo dispuesto en el párrafo 1.º del artículo 101 del Código penal, ha omitido explicar en las conclusiones cuáles elementos jurídicos entran para constituir el concepto de la culpabili-

dad; como también ha dejado de advertir que, aun admitiendo que la Máslova hubiese vertido el veneno á Smielkov, tenían los Jurados la facultad de excluir en ella la intención de matar, reconociéndola culpable, no de un delito, sino de un simple error, cuya consecuencia, inésporada para la acusada, ha sido la muerte del comerciante.» Este es el principal.

—Pero, nosotros mismos podíamos comprender nuestro error.

—Vengamos al cuarto motivo,—prosiguió el abogado.

«La respuesta del Jurado á la pregunta de la sala, relativa á la culpabilidad de la Máslova, implica una contradicción evidente. La acusación supone que Catalina Máslova ha envenenado á Smielkov con intención de robarle; así, pues, el hurto sería el único móvil del delito. Los Jurados, descartando en su contestación el hurto, resulta claro que han querido excluir también la intención de matar, y sólo por un error, ocasionado por el incompleto resumen del presidente, no han expresado la contestación en los debidos términos. Tal respuesta exigía necesariamente la explicación de los artículos 808 y 816 del Código penal, etc., etc., y exigía una explicación del presidente á los Jurados; de donde, la necesidad de empezar nuevos debates y una nueva respuesta acerca de la pregunta relativa á la culpabilidad de la acusada.»

—¿Por qué, pues, no se ha explicado el presidente?

—También yo quisiera saberlo,—dijo riendo Fanarin.

—¿Así, pues, el tribunal de casación reparará el error?

—Sagún quien presida. Pasemos á otra cosa.—Y continuó leyendo.

«Tal veredicto no podía conferir á la sala el derecho de someter á la Máslova á la sanción penal de los artículos etcétera, etc., y de aplicarle el párrafo 3.º del etc., etc., sin cometer una grave infracción legal.

»Por todos los motivos expuestos, tengo el honor de ro-

gar etc., etc., que se case la sentencia á tenor de los artículos etc., etc., y que se envíe esta causa á nueva vista.»

—Esto es todo cuanto podía hacerse y se ha hecho. Todo dependerá ahora de la persona que presida el tribunal. Si tenéis alguna influencia poderosa, usadla.

—Tengo alguna.

—Y hacedlo pronto, porque luego empezarán las vacaciones. En caso de que se deseche el recurso, no queda sino el de una súplica á S. M. Imperial.

—Gracias... ¿Cuánto he de daros por vuestro trabajo?

—El pasante que os dará el recurso copiado, os dirá la suma.

—Quería aún haceros otra pregunta. El fiscal me ha dado permiso para visitar á esa muchacha en la cárcel; pero me han dicho que para obtener una entrevista fuera de las horas de reglamento, precisa permiso del gobernador. ¿Es esto exacto?

—Sí, es exacto; pero el gobernador está ausente y en su lugar está el vicegobernador. Pero éste es tan imbécil que dudo que podáis...

—¿Maslenikoff?

—Ese mismo.

—Lo conozco,—replicó Neklindoff y marchó hacia la puerta.

En aquel momento entró rápidamente en el despacho la mujer del abogado, una señora pequeñita, feísima, vestida de un modo original que hacía resaltar aún más su fealdad. Compareció de un modo triunfal seguida de un hombre alto y delgado, con una cara de color terroso y el pelo pegado á las sienes y á la frente.

—Anatolio,—dijo abriendo la puerta,—te espero dentro de un momento. Aquí está Simón Franovitch que me ha prometido recitar una de sus poesías, y tú debes leer algo de Garscin.

Neklindoff intentó salir, pero la mujer del abogado,

después de cambiar con éste algunas palabras en voz baja, se volvió hacia él.

—Príncipe, os conozco ya y es inútil una presentación; os ruego que honréis nuestra lectura literaria; será muy interesante, porque Anatolio lee maravillosamente.

—Ved si tengo ocupaciones y de bien diverso género,—dijo el abogado sonriendo é indicando con un gesto á su mujer, como queriendo decir que no podía resistir á una persona tan fascinadora.

Pero Neklindoff, cuyo rostro se había velado con una expresión de gravedad y malhumor, dió cortesmente las gracias á la mujer del abogado por el honor que le hacía y se excusó por no tener tiempo.

—¡Qué remolón!—dijo la mujer en cuanto se hubo marchado.

En el salón, el pasante dió al príncipe el recurso en limpio y al ser preguntado por lo que valía, dijo que Anatolio Simeonovitch no se ocupaba jamás en tales asuntos y que únicamente lo había hecho esa vez por deferencia. Los honorarios los fijaba en mil rublos.

—¿Quién debe firmar el recurso?—preguntó Neklindoff.

—Lo puede hacer la misma acusada; pero si hubiese algún obstáculo, se encargará el señor Fanarin de ello.

—Nó, nó, yo iré por la firma,—dijo Neklindoff satisfecho de alcanzar una nueva ocasión para ver á la Katiuscha antes del día fijado.

XLVI

En el corredor de la prisión, aquella misma mañana, á la hora acostumbrada, resonaron los silbidos de los carceleros, sonó el ruido de cadenas, las puertas que daban al corredor se abrieron y algunos presos sacaron el cubo de madera que echaba un olor nauseabundo; todos se lavaron, se vistieron, salieron á los corredores donde recibieron agua hirviente para hacer el té. Formaba el tema de todas las conversaciones el castigo de la *rosga* que debían sufrir dos prisioneros aquel mismo día.

Uno de ellos, el dependiente Vasiliev, que en un momento de celos había matado á su propia amante; era un joven muy leído, á quien querían mucho sus compañeros de prisión por su jovialidad, generosidad y por el modo resuelto como trataba con los jefes. Conocía bien la ley y exigía su exacto cumplimiento. Tres semanas antes un carcelero había pegado á un preso porque sin querer manchó con el plato de la sopa su uniforme nuevo. Vasiliev había intervenido y tomando partido por el preso, observó que ninguna ley consentía que se pegara á los prisioneros.

—Ya se las haré yo conocer las leyes,—exclamó el carcelero, llenándole de improperios.

Vasiliev contestó con otros insultos y como el carcelero levantara la mano contra él, le había contenido por las muñecas y echádole fuera de la cuadra. El carcelero dió parte al director y le arrancó la orden de poner á aquel en una celda de rigor.

Son éstas unos calabozos fríos y sin luz, que se aseguran por la parte de fuera con grandes cerrojos; no hay ni cama ni silla, así es que el preso se ve obligado á estar sentado ó tendido sobre el sucio pavimento, sufriendo el martirio de las ratas que abundan y que son tan atrevidas que le arrancan el pan de las manos y le muerden cuando está inmóvil.

Vasiliev contestó que no iría al calabozo porque no había cometido ningún delito, y como el carcelero quisiera llevárselo á viva fuerza, con ayuda de dos compañeros, había podido escapársele de entre las manos. Pero entonces acudieron todos los carceleros y entre ellos uno llamado Petroff, famoso por su fuerza, y entre todos habían acabado con la resistencia del prisionero. Luego habían redactado un parte como si hubiese habido un principio de rebelión, y poco después había bajado una hoja que ordenaba que se diera treinta golpes de *sorga*,—especie de látigo de mimbres entrelazado,—á cada uno de los dos culpables principales, que eran Vasiliev y el vagabundo Niepomniatschi.

El castigo debía verificarse en el locutorio de las mujeres y su anuncio hecho la última noche á todos los prisioneros suscitaba animadas disputas.

Korablova, Choróschavka, Fedossia y la Máslova, sentadas en un rincón, rojas y excitadas por el vino bebido que ahora no faltaba nunca á la última y que compartía generosamente con sus compañeras, bebían té y hablaban del castigo.

—Únicamente ha defendido á un compañero,—decía la Korablova.

—Dicen que es un bravo muchacho,—observó la Fedossia.

—Harás bien en decírselo á él, Mikailovna,—dijo la guardavía,—aludiendo á Neklindoff.

—Se lo diré,—contestó la Máslova, echando la cabeza atrás y sonriendo,—y lo hará por mí.

—Sí, ¿pero cuando vendrá él?—dijo Fedossia suspirando.—Ahora es cuando deben castigarle.

—He visto una vez como pegaban así á un aldeano: mi suegro me había envidado al *starosta*,—empezó la guardavía,—yo al llegar veo...

Pero aquella relación que amenazaba ser muy larga fué interrumpida por ruido de pasos en el corredor.

Las mujeres callaron y escucharon.

—Ya lo han sacado esos demonios: ahora le pegarán de un modo terrible; le odian porque no es humilde,—dijo la Choróschavka.

No se oyó ruido durante un rato y la guardavía pudo contar y describir el terror experimentado viendo como pegaban á aquel aldeano. A su vez Choróschavka contó que Ischegloff había recibido aquel castigo sin exalar una queja. Luego Fedossia puso en su sitio la tetera, la Korablova y la guardavía volvieron á su trabajo y la Máslova se sentó en la cama con aire aburrido, pasando los brazos bajo las rodillas y entrelazando los dedos. Iba á echarse cuando entró de repente la carcelera diciendo que un visitante la esperaba en el despacho del director.

—Háblale de nosotros,—le recomendó Menschova, la viejecita acusada de incendiaria, en tanto que la Máslova se arreglaba el pañolito ante un espejo quebrado,—dile que no hemos sido nosotros los que hemos pegado fuego, que ha sido el otro asesino; que lo ha visto hasta el obrero.

Dile que haga llamar á Dimitr; que lo sabe todo y lo contará todo. Es una injusticia; nos han metido en la carcel á nosotros, en tanto que él se divierte con la mujer de otro.

—¡Ciertamente que es una injusticia!—dijo la Korablova.

—Lo diré, estad segura, contestó la Máslova;—y dirigiéndose á la Korablova:—es preciso que beba para tener valor.

La otra le vertió medio vaso de vino que la Máslova bebió de un trago. Luego, secándose los labios y repitiendo con tono alegre:—para tener valor,—siguió á la carcelera hacia el corredor.

XLVII

Neklindoff hacía ya algún rato que esperaba en el vestíbulo de la carcel. En la puerta de la prisión el príncipe había llamado, presentando el permiso del fiscal al carcelero de turno.

—¿A quién buscáis?—preguntó éste.

—Deseo ver á la presa Máslova.

—Al presente es imposible. El director está ocupado.

—¿Dónde? ¿En su despacho?—preguntó Neklindoff.

—No, en el escritorio.

Parecióle al príncipe que al contestar el carcelero vacilaba algo.

—¿Quizá es hoy un día de asueto?

—No, se trata de un asunto interno.

—¿Cuándo podré verle?

—Dentro de un rato vendrá; por ahora, esperad.

En aquel instante entró un sargento mayor con el bigote impregnado de humo de tabaco y el rostro sudado

que, volviéndose severamente hacia el carcelero, le gritó:

—¿Por qué habéis dejado entrar aquí dentro?...

—Me han dicho que el director estaba aquí,—intervino Neklindoff, asombrándose de la inquietud manifiesta del sargento.

En aquel mismo momento se abrió la puerta y entró Pedroff agitado, con el rostro sudoroso.

—Me parece que se acordará durante mucho tiempo,—dijo volviéndose hacia el sargento.

Este indicó á Neklindoff con los ojos y aquél se calló, frunció el entrecejo y salió.

—¿Quién deberá acordarse?... ¿Por qué están tan agitados hoy? ¿Por qué el sargento me ha señalado con los ojos? —pensaba entre tanto el príncipe.

El sargento se volvió hacia él y le dijo:

—Aquí no se puede estar; haced el favor de pasar al despacho del director.

Neklindoff iba ya á seguirlo cuando se abrió una puerta detrás de él y entró el director, más agitado aún que sus dependientes. Suspiraba y tenía el rostro trastornado, pero al ver al príncipe, se volvió hacia el carcelero:

—Fedotoff, llamad á la Máslova, de la quinta cuadra.

—Haced el favor de pasar,—dijo á Neklindoff.

Entraron en una habitación pequeña con una ventana donde había un escritorio y algunas sillas.

El director se sentó.

—Hay deberes muy penosos, y dolorosos,—suspiró en tanto que sacaba del bolsillo un cigarro.

—Se ve que estáis muy cansado,—observó el príncipe.

—Estoy cansado de mi cargo; exige el cumplimiento de deberes graves y tristes. Siente uno el deseo de mejorar la suerte de esos desgraciados y á veces la hace más penosa... Me tarda la hora de verme libre... Hay deberes muy penosos.

Neklindoff no comprendía la causa de tanta pena; pero le veía tan apesadumbrado que sentía piedad de él.

—Creo que el cumplimiento de esos deberes os ha de ser pesado, pero, ¿por qué habéis aceptado este cargo?

—Es que tengo familia y no tengo fortuna.

—Pero si esto os desagrada...

—Trato de hacer el bien según mis fuerzas. Hago cuanto puedo para endulzar su suerte... otro en mi lugar obraría de muy distinto modo... pero pensad que tengo dos mil presos y de qué raza, ¡gran Dios!

Empezó á contar entonces una riña entre dos presos que acabó en un homicidio; pero fué interrumpido por la entrada de la Máslova que llegó precedida del carcelero.

Neklindoff la divisó en el umbral de la puerta antes de que la viera el director. Tenía el rostro colorado y seguía al guardián con brío y ligereza, sonriendo: al ver al director lo miró con espanto; pero se tranquilizó y se volvió alegremente hacia el príncipe.

—Buenos días,—le dijo arrastrando las sílabas, en tanto que le estrechaba fuertemente la mano.

—Os he traído la instancia que debéis firmar,—dijo Neklindoff, asombrándose de aquella acogida.—El abogado la ha extendido, ahora es preciso que la firméis y luego la enviaremos á Petersburgo.

—¿Y por qué no? la firmaremos... Todo se puede hacer en este mundo,—contestó sonriendo.

Neklindoff sacó del bolsillo una hoja doblada y se acercó á la mesa.

—¿Se puede escribir aquí?—preguntó al director.

Este se volvió hacia la Máslova;

—Acércate y siéntate: ¿sabes escribir?

—En otro tiempo sabía,—contestó ella sentándose y arreglándose las sayas y las mangas del corpiño; luego tomó rápidamente la pluma con su mano pequeña y nerviosa y

se volvió sonriente hacia Neklindoff. Este le indicó donde era preciso poner la pluma y ella mojóla con precaución la sacudió sobre el tintero y escribió su nombre.

—¿Debo hacer algo más?—preguntó luego mirando tan pronto al director como al príncipe y poniendo la pluma á veces, sobre el tintero y á veces sobre la carpeta.

—Quería deciros una cosa,—dijo Neklindoff, quitándole la pluma de las manos.

—Decid, pues,—contestó la joven; y bien fuera que la asaltara un pensamiento imprevisto, bien fuese sueño, de repente se puso seria.

Entonces el director se levantó y salió del cuarto; el carcelero, que acompañara á la Máslova se sentó lejos de la mesa, junto á la ventana y Neklindoff quedó á solas con ella.

XLVIII

Aquel era el momento decisivo.

Neklindoff no cesaba de acusarse por no haberla dicho que deseaba casarse con ella la primera vez que le habló. Estaba sentada junto á la mesa, enfrente de él, y como en aquella habitación clara veía de cerca el rostro de la muchacha después de tantos años, reparó en las arrugas dolorosas de los ojos y de la boca, los ojos hinchados, y sintió gran piedad.

Inclinóse sobre la mesa para que no le oyera el carcelero, que era un hombre de tipo hebreo con patillas grises, y dijo así:

—Si no obtenemos ningún resultado, haremos una instancia á la Magestad imperial; haremos cuanto sea posible.

—¡Ah! ¡si hubiese sido antes!... ¡Si hubiese tenido un buen abogado!—interrumpió ella.—Pero mi defensor era un imbécil que no sabía sino echarme requiebros.—Y acompañó estas palabras con una carcajada.—Si hubiese

sabido entonces que me reconoceríais, hubiese ocurrido todo de otro modo... Ahora, todos me creen una ladrona.

—Me parece que hoy le pasa algo,—pensaba Neklindoff, é iba á exponer su pensamiento, cuando la Máslova, volvió á hablar.

—Sabed que quiero deciros una cosa. Hay en la cárcel una viejecita muy buena que todos extrañan que esté presa, y también está preso su hijo. Les acusan de haber pegado fuego á una casa; pero son inocentes, y ahora que me conocéis—la joven volvió la cara hacia el príncipe mirándolo fijamente,—me ha rogado que os hablara de su hijo. Le llaman Menschoff... ¿Lo sabéis, pues? Es una viejecita tan buena, tan buena, que en seguida se comprende su inocencia. Hacedlo, querido...—Y, sonriendo, bajó los ojos.

—Bien, bien, me informaré,—respondió Neklindoff que se asombraba cada vez más del tono desparpajado de la muchacha.—Ahora quisiera hablaros de una cosa muy importante. ¿Os acordáis de mis palabras de la última vez?

—¡Diantrel... Habéis hablado mucho la última vez... ¿Qué más habéis dicho?—replicó riendo siempre mientras movía la cabeza mirando á un lado y á otro.

—Os dije que habia venido para pedir os perdón.

—¿Por qué continuais hablando de perdón?... Perdón... perdón... todo cosas inútiles... Vale más...

—Os decía que quiero reparar mi culpa,—continuó Neklindoff—y no sólo con palabras, sino con hechos. He decidido casarme con vos.

El rostro de la Máslova tomó una expresión indecible de espanto, y sus ojos, fijos en él, parecieron mirarle sin verle.

—¿A qué viene ahora eso?—pronunció con ira conteniendo, frunciendo el entrecejo.

—Siento que debo hacerlo, os lo juro ante Dios.

—¿Qué demonios habláis de Dios ahora?... ¡Nunca decís

las cosas á tiempo!... ¡Dios!... ¿Quién es Dios?... Entonces si que debisteis acordaros de vuestro Dios,—prorrumpió y quedó con la boca abierta.

Entonces advirtió Neklindoff que olía á vino y comprendió aquel estado insólito de excitación.

—¡Ea, calmáos,—dijo.

—¡Ah, dice que me calme! ¿Quizá creéis que estoy borracha? Sí, estoy borracha, pero sé lo que digo,—empezó la Máslova hablando muy aprisa, en tanto que un rubor vivaz enrojecía su rostro. Yo soy una mujer de galera, y vos un rico señor, un príncipe. No debes emporcarte acercándote á mí... Vé con tus princesas.

—Cualquiera crueldad que digas, no puede llegar á lo que me remuerde mi conciencia,—susurró tembloroso Neklindoff.—No puedes imaginar siquiera, cuán culpable me siento respecto de tí.

—Ya, me siento culpable,—remedó ella con ira.—Entonces, no te sentiste culpable y me has tirado al rostro cien rublos; helos aquí, tómalos, que son el precio de tu amor.

—He sido un vil, fui cruel,—repetía el príncipe.—Pero ahora he decidido no dejarte más y sabré mantener cuanto he prometido.

—¡Oh, por eso que lo dices, no lo harás!—contestó riendo á carcajadas.

—¡Katuschal

—Apártate, aléjate de mí. Yo, soy carne de galera, y tú, príncipe, y tu puesto no está aquí,—gritó descompuesta por la ira, arrancando su mano de la de Neklindoff. Y como un tumulto de odio agitaba su alma, se apresuraba á decir cuanto sentía:

—¡Te serviste de mí para tu placer en esta vida, y ahora quisieras salvarte, gracias á mí, en la otra!.. Me eres odioso con estos lentes, con estos hocicos gordos y asquerosos... ¡Apártate, te digo! ¡Fuera, fuera!

Y con ímpetu nervioso, se puso en pie.

—¡Oye, tú, vamos á armar un escándalo! Quién te ha permitido...—dijo el guardia, que oyendo aquellos gritos, se aproximó.

—No, no, yo os ruego que la dejéis,—repuso Neklindoff.

—La presa no puede de ninguna manera...—quiso observar el otro.

—Esperad, os lo ruego,—insistió el príncipe.

El llavero volvió á la ventana, y la Máslova se sentó de nuevo con los ojos bajos, entrelazando los dedos de sus pequeñas manos.

Neklindoff, ante ella, no encontraba palabras.

—¿No me crees, pues?

—¿Que te casarás conmigo? Eso no sucederá nunca; antes me mato, mira.

—Y sin embargo, quiero serte útil.

—Eso vos lo diréis. ¡No tengo ninguna necesidad de vos, os lo digo en serio!... ¡Oh! ¡por qué no morí aquella noche! —exclamó luego rompiendo en amargo llanto, que movía á piedad.

Neklindoff no fué capaz de pronunciar una palabra, pero viendo aquellas lágrimas desoladas, no pudo contener el llanto.

Así pasaron algunos minutos de silencio; luego la Máslova miró al príncipe y viendo su rostro bañado en lágrimas, pareció asombrarse y se secó la cara con el pañuelo.

Entretanto el carcelero se había acercado, diciendo que el coloquio había durado bastante.

—Estáis demasiado agitada ahora,—le dijo Neklindoff en tanto que la joven se levantaba,—si me es posible, volveré mañana; entretanto reflexionad acerca de lo que os he dicho.

Katiuscha no contestó, y sin darle siquiera una mirada, siguió al carcelero.

—Muchacha mía, ¡ahora sí que has subido á la cucaña! —le dijo la Karablova cuando Máslova entró en la cuadra.—Se vé que está enamorado de tí de veras; aprovechate. Te salvará, porque á los ricos todo les es posible.

—Es cierto,—dijo la guardavía.—Un pobre diablo debe pensarlo mucho antes de casarse; pero un rico lo hace en un momento.

—¿Le has hablado de mí?—preguntaba la anciana Menschova.

La Máslova no contestaba á sus compañeras. Tendida sobre la cama, tenía los ojos fijos en un ángulo oscuro de la sala, mientras se producía en ella una especie de transformación penosa.

Las palabras de Neklindoff le habían recordado aquella sociedad en que tanto sufriera, y á la cual, al huir, colmó de maldiciones; ahora le era imposible el olvido que hasta entonces ahogara todos sus recuerdos; y por otra parte vivir con la memoria de aquel pasado le parecía demasiado doloroso...

Luego, al anochecer pareció tranquilizarse, pidió vino y se embriagó con las compañeras.

IXL

—¡Así ocurre todo en este mundo!—pensaba Neklindoff al salir de la cárcel.

Y en su mente se formaba un concepto exacto de la propia culpa.

Si no hubiese tratado de repararla no hubiese comprendido toda la enormidad de ella, ni siquiera hubiese comprendido Katiuscha todo el daño que se le había causado.

Ahora comprendía el estrago inmenso causado á la infeliz y le parecía que ella misma debía haberlo advertido. Comprendía que hasta entonces había jugado con sus propios sentimientos y sentía indecible horror.. ¡Dejarla! Sentía que era imposible, y no obstante, no se daba cuenta cabal de la manera cómo en lo sucesivo se arreglaría para hacer menos penosas para ambos sus relaciones con la Máslova.

A la salida, un carcelero con el pecho cubierto de cru-

ces y el rostro hipócrita se le acercó con aire misterioso y le alargó una carta.

—Un billete para Su Excelencia,—dijo.

—¿De parte de quién?

—Leed y lo sabréis. Se trata de una acusada política. Soy carcelero de la fortaleza... me lo ha rogado... y aunque esté prohibido, por humanidad...

Neklindoff se extrañaba que un carcelero encargado de la custodia de los presos políticos pudiera entregar cartas de los presos en presencia de todos.

No sabía que aquel hombre, además de carcelero servía de espía.

Era una carta escrita con firme pulso, que decía así:

«Sabiendo que venís á la cárcel y os interesáis por la suerte de una persona, deseo veros. Pedid una entrevista conmigo y os indicaré cosas importantes para vuestra protegida y para los detenidos políticos.

»Vuestra siempre reconocida

Vera Bogoduchoskaja.»

—¡Bogoduchoskaja! ¿Quién es?—pensó Neklindoff, todavía absorto á consecuencia de su entrevista con la Máslova.

Aquel nombre le parecía desconocido. Era la hija del diácono encontrada en una cacería de osos.

Vera Bogoduchoskaja había sido maestra en una aldea del gobierno de Novgorod, donde Neklindoff fué á parar con varios amigos durante una partida de caza. En aquella ocasión, la humilde maestra se había dirigido á él á fin de que le diera el dinero preciso para seguir un curso de

la Universidad; el príncipe le otorgó el favor y después olvidó favor y favorecida.

Ahora aparecía claro que habiendo sabido que Neklindoff iba á la cárcel, donde estaba como detenida política, quería serle útil.

Neklindoff recordó con gusto aquellos tiempos pasados en que conoció á la Bogoduchooskaja.

Era en carnaval, en una aldehuela perdida entre bosques.

La caza era espléndida; los cazadores traían como trofeo, los despojos de dos osos y estaban almorzando cuando entró el hostelero diciendo que la hija del diácono deseaba decir dos palabras al príncipe Neklindoff.

—¿Es bonita?—preguntó uno.

—¡Cállate!—replicó Neklindoff.

Y se levantó de la mesa asombrado de que la hija del diácono quisiera hablar con él.

Encontró en otra habitación á una muchacha pobremente vestida, muy fea, pero con unos ojos que eran espléndidos.

—Aquí está el príncipe, Vera Efremovna,—dijo el hostelero.—Podéis hablarle; yo salgo.

—¿En qué puedo yo seros útil?—le preguntó Neklindoff.

—Yo... yo... Ved, sois rico, gastáis el dinero en divertiros... en cacerías,—contestó la muchacha, embrollándose.—Yo, en cambio, desearía ser útil á mis semejantes, y no me es posible, porque no tengo instrucción.

—Y yo podría...

—Soy maestra y desearía ir á la Universidad; pero no me lo permiten... no es eso... es que no tengo el dinero preciso... Eso es lo que os ruego... Sed generoso... Acabare mis estudios y os lo devolveré!

Sus ojos eran tan bondadosos y sinceros, su timidez y

su energía tan conmovedoras, que Neklindoff, como le ocurría algunas veces, se interesó por la muchacha, la comprendió, se compadeció de ella.

—Yo pensaba que los ricos que hacen daño cuando cazan los osos y embriagan á los aldeanos, podían hacer también buenas obras... Me bastarían ochenta rublos.

Y como le pareciera que Neklindoff rehusaba con su mirada seria y escrutadora, añadió con ira:

—Pero... si no me los queréis dar, gracias de todos modos.

—Al contrario, y celebro que se me haya presentado la ocasión...

Comprendió la muchacha que el príncipe le otorgaba el auxilio que necesitaba, se ruborizó y calló.

—Si queréis aguardarme un instante,—dijo Neklindoff,—vuelvo en seguida.

Saliendo del cuarto vió que uno de sus compañeros espiaba detrás de la puerta; pero sin contestar á las bromas de los demás compañeros, fué á buscar el dinero y lo entregó á la muchacha.

—Ahí tenéis; pero ni una palabra de gracias; soy yo quien debe darlas.

Ahora, recordando aquella tarde, Neklindoff sentíase complacido.

En la mesa, por poco riñe con un oficial que le daba broma acerca de la muchacha! ¡Qué magnífica le pareció aquella caza y qué alegre hizo el viaje de vuelta.

Neklindoff recordó el sentimiento de alegría, de bienestar, de satisfacción que llenaba entonces todo su sér. Los pulmones aspiraban fuertemente el aire helado, la nieve, cayendo de los árboles le azotaba el rostro, el cuerpo estaba sumido en una dulce somnolencia, y en su alma no sentía ni remordimientos, ni molestias, ni miedo, ni deseos!...

—¡Cuán feliz era entonces!—pensaba Neklindoff.—¡Y cuán desdichado ahora! Entonces todo me parecía fácil y alegre, mientras que ahora, todo me parece difícil y triste!

Evidentemente Vera Yremovna, se había convertido en una revolucionaria y la habían encarcelado por sus opiniones. Neklindoff decidióse á pedir permiso para verla. Tal vez ella le sugriese, en efecto, algo interesante que pudiese suavizar la suerte de la Máslova.

Y pensando en el pasado indestructible, lleno de ligerezas y alegrías, y en el penoso presente, encaminóse hacia su domicilio.

L

Al día siguiente, al despertar, Neklindoff recordó los acontecimientos de la víspera y sintió miedo; pero no por ello desistió de su obra de redención. Movido de tal idea salió de casa y fué á la de Maslennikoff, para obtener permiso de ver á la vieja Menschova y á la Bogoduchovskaja, que podía ser útil á la Máslova.

Neklindoff conocía á Maslennikoff, de cuando éste era cajero en el regimiento. Entonces era un oficial bondadoso y servicial. Pero ahora Neklindoff le veía bajo otro aspecto, desde que había renunciado á la carrera de las armas. Se había casado con una mujer rica é imperiosa, que exigió que abandonara el ejército y tomara un empleo civil. Refase su esposa de él y le acariciaba y cuidaba como á un hermoso animal domesticado.

Neklindoff había estado en su casa una vez; pero como aquel matrimonio le había parecido poco interesante, no volvió. Al ver al príncipe, Maslennikoff se puso radiante de alegría. Conservaba su rostro colorado y su buena figura.

Antes llevaba un uniforme que le sentaba muy bien; ahora un traje de última moda que modelaba su cuerpo bien formado.

Había entre ellos bastante diferencia de años; pero se hablaban de tú.

—Gracias por tu visita,—dijo,—ven á ver á mi esposa; aún faltan diez minutos antes de empezar la sesión. El gobernador se ha marchado, y ahora tengo yo la autoridad,—añadió con una alegría que no podía disimular.

—Vengo á pedirte un favor.

—¿Qué favor?—preguntó Maslennikoff, con tono inquieto y severo, poniéndose en guardia.

—Hay una persona en la cárcel,—el rostro del gobernador se nubló más,—por cuya suerte me intereso. Quisiera hablarle fuera del locutorio. Me han dicho que dependía de tí.

—*Mon cher*, estoy dispuesto á servirte, y te serviré; pero soy rey nada más que de momento.

—¿Puedo contar con el permiso?

—Sí...

—¿De quién se trata?—añadió.

—De una mujer.

—¿De qué se la acusa?

—De envenenamiento; pero es inocente.

—Eso son los tribunales. *Ils n'en font point d'autres!*—dijo en francés, sin saber por qué.—Sé que tú no eres de mi parecer; pero yo así lo creo. *C'est mon opinion bien arrêtée.*—Era una opinión que iba extrayendo desde hacia cerca de un año, de un periódico conservador y retrogrado.—Tú eres un liberalón.

—No sé si lo soy ó no,—dijo Neklindoff,—lo que sé es que, buenos ó malos, los tribunales de ahora son mejores que los de antes.

—¿A quién has tomado por abogado?

—A Fanarín.

—¡Ah, Fanarín!—exclamó con tono de mofa Maslennikoff. Se acordaba que el año anterior, en un proeeso en que figuraba como testigo, Fanarín le estuvo fastidiando media hora, burlándose de él cortesmente á fuerza de preguntas.—No te aconsejaría yo tal elección; Fanarín es *un homme taré*.

—Quisiera pedirte otro favor,—replicó Neklindoff sin contestarle;—hay en la prisión una pobre maestra, una desdichada á quien quisiera ver. ¿Me puedes dar permiso también para verla?

Maslennikoff inclinó la cabeza y se puso pensativo.

—Creo que está presa por delito político.

—Sí, me lo han dicho.

—Las entrevistas con los acusados políticos, no son permitidas sino á los parientes. Te daré un permiso general para visitar la prisión... *Je sais que tu n'en abuseras point.* ¿Cómo se llama tu *protegée?*... ¿Bogoduchovskaja?... ¿*Est-elle jolie?*

—¡*Hideuse!*

Maslennikoff movió la cabeza en signo de reprobación, se acercó á una mesa y escribió:

«Permiso al príncipe Dimitri Ivanovitch Neklindoff para ver en el despacho del director de la cárcel á la presa Máslova y á la practicante médica Bogoduchovskaja.»

Y firmó.

—Verás el orden que reina en aquella dependencia, y eso que se trata de gente que está á punto de ir á Siberia. Pero yo me cuido de ello, y esta es una ocupación que se adapta á mis facultades. Hoy ha habido un conato de rebelión. Otros hubiesen dado parte, empeorando la suerte de aquellos desdichados. ¿Sabes lo que hemos hecho? Pues

castigar á dos presos y asunto concluido. Es preciso guardarles consideraciones; pero precisa también tener firmeza cuando el caso lo requiere.

—Las dos veces que he estado he salido afligido.

—¿Sí? Debieras ponerte en relaciones con la condesa Pasksek, ya que te interesas por la suerte de los presos. Es mujer de mucho mérito *et elle fait beaucoup de bien*. Yo la he ayudado en cuanto me ha sido posible, y te aseguro que el régimen carcelario ha mejorado mucho; no se ven ahora los horrores de antes. En cuanto á Fanarín, por más que no lo conozco personalmente, te aseguro que es un mal sujeto. En la vista de las causas hace unas preguntas... unas preguntas...

—Muchas gracias,—dijo Neklindoff tomando el permiso.

—¿Cómo? ¿No pasas á ver á mi mujer?

—No, te ruego que me dispenses; no tengo tiempo.

—No me lo va á perdonar, si le digo que has estado aquí y no la has visto.—Y diciendo esto acompañaba al príncipe hasta el umbral de la primera puerta.—Pasa un momento á verla, te lo ruego.

Pero Neklindoff fué incommovible. Y en tanto que el criado le daba el abrigo y el bastón, y que el portero abría la puerta, repitió que no tenía tiempo.

—¡Entonces hasta el jueves!—gritó Maslennikoff.—Es su *jour* de recepción; le diré que asistirás.

LI

Al salir de casa Maslennikoff se dirigió el príncipe á la cárcel y llamó á casa del director. Salió la misma criada de la otra vez; se oyeron también los acordes del mismo piano que ahora tocaba, en vez de la rapsodia de Liszt unas variaciones de Clementi.

Se introdujo á Neklindoff en una salita con una mesa de centro que estaba no muy limpia y tenía una lámpara con la pantalla quemada por un lado.

No tardó en comparecer el director con su cara triste y cansada.

—Sentáos; ¿qué deseáis príncipe?—preguntóle acabándose de abotonar el uniforme.

—El vice-gobernador me ha dado permiso para visitar la cárcel; es un permiso general. Desearía ver á la Máslova.

—¿La Márcova?—interrumpió el director, que no oyó bien á causa del estrépito del piano.

—No, ¡la Máslova!